

**Ara Antón**

**Diario  
de lo imposible**

Editorial AGUSTINIANA  
GUADARRAMA (MADRID) 2014

© Editorial AGUSTINIANA, 2014  
Paseo de la Alameda, 39.  
28440 - GUADARRAMA (Madrid).  
Internet: <http://www.agustiniana.es>  
E-mail: [editorial@agustiniana.es](mailto:editorial@agustiniana.es)

**Textos:** Ara Antón  
**Ilustración de la portada:** Eva María Pérez Salvador  
**Ilustraciones del interior:** Paula González Castellanos (3º ESO)  
Alberto Tascón Fresnadillo (3º ESO)  
Paula Monte Santos (3º ESO)

Dep. Legal: M-2389-2014  
ISBN: 978-84-92645-39-8

Imprime: Método Gráfico, SL.  
C/ Albasanz, 14 bis, 1ª planta, naves A y B.  
20837 Madrid.

*“...Los heridos son hombres; los causantes de las  
heridas, hombres también. Cambiemos, pues,  
nosotros, los hombres, y cambiarán los tiempos”.*

**San Agustín**

# 1

*El bisabuelo Ángel se muere. Con él desaparece una época que la mayoría quiere olvidar y que a muchos nos suena a consejas trasnochadas y casi fantásticas. Mi madre, quien acaba de llegar de cumplir su turno de enfermera en el hospital, me lo ha dicho, con la mirada baja y la voz casi inaudible. De todas formas, es normal, tiene más de noventa años... No obstante, aunque todos lo barruntábamos, me ha afectado más de lo que sería de esperar. A pesar de su mucha edad, siempre estaba alegre, con ganas de hablar y ayudar; y sus historias... El minero que, defendiendo el honor de su mujer, cortó por la mitad, con su hacha de trabajo, al déspota amo de la mina; las visitas nocturnas de un espectro que deseaba misas; la niña que se quemó estando sola en casa y que, luego, cada noche, volvía a llorar al regazo de su madre; el hombre que, después de enterarse de que había enterrado a su mujer viva, se volvió loco y vagó por la montaña, invocando dioses antiguos; el lobo, las brujas, las nieves, la oscuridad, las hambres, los dolores, las fiestas, la pesca, los baños en el río... Tantos y tantos cuentos, leyendas y viejas costumbres que no me gustaría olvidar y que, si él se va, escribiré algún día.*

*El abuelo fue quien me animó a redactar el diario; yo jamás habría pensado algo así. En todo caso habría optado por crear un blog, una página... Me dijo entonces: "comparte aquello que sea productivo o necesario para la sociedad. Pero antes de nada aprende a conocerte a ti misma. Bucea en tu inconsciente y, a través de él, quizá comprendas la conciencia del universo". Cuando, abrumada por sus altisonantes palabras, débilmente, le hablé de mis limitaciones, afirmó pragmático: "sólo se aprende a escribir escribiendo". Me regaló este hermoso cuaderno el día que cumplí trece años. Todos mis profesores se quejaban de mis faltas de ortografía. Ya han pasado dos años y, aunque de vez en cuando sigo*

*metiendo la pata, he mejorado muchísimo. El deseo de que ésta, mi historia, pueda leerse algún día -tal vez por mis biznietos, como yo ahora lo haría si Ángel hubiera dejado por escrito esas narraciones tuyas tan maravillosas-. Ese deseo, digo, me impulsa a hacerlo lo mejor posible. Hasta busco palabras que dudo, o nuevas, en el diccionario, para que el texto resulte más "literario". En realidad no sé muy bien qué significa "literario", pero eso es lo que hacen los escritores, ¿no? Y a mí me gustaría serlo algún día, aunque también quisiera convertirme en una gran científica o... Bueno, creo que, como siempre, me estoy enrollando. No es de mi vocación de lo que iba a hablar, sino de mi bisabuelo, que está muy enfermo. Pero tendría tanto que contar sobre él que, en un momento, antes de dormir, no sería posible. Lo haré poco a poco. Baste decir ahora que mañana, en cuanto vuelva de clase, iré a visitarlo y que si, como sospecho, va a morir, lo echaré mucho de menos.*

Eria guardó cuidadosamente su diario en el rincón secreto del escritorio que su bisabuelo le había obsequiado en su último cumpleaños, cuando le enseñó, en un revoloteo rápido, las páginas que llevaba escritas en el bello cuaderno que de él había recibido el año anterior. "Pues voy a regalarte el estuche ideal para tus secretos, así, nadie, si tú no quieres, podrá acceder a ellos". Y dicho y hecho. Aquella tarde, para horror de su madre, preocupada por el escaso espacio, dos operarios se presentaron en su piso con el escritorio, pequeño y coqueto, que había pertenecido a su bisabuela y que ahora, como había dicho Ángel, "ya no guarda nada". Fue necesario deshacerse de una estantería en la que se amontonaban muñecos y juguetes de otras épocas y que, con el disgusto de mamá, quien se negaba a ver crecer a sus hijos, fueron a parar a un cajón del trastero, indultados por ella, que no por Eria, la cual habría deseado regalarlos para preterir así su infancia. Pero no fue posible, así que los olvidó enseguida y se apresuró a limpiar y encerar el mueble con una dedicación que asombró a su madre, acostumbrada a los desórdenes habituales del cuarto de su hija. Pulió y abrigó cada rincón y talle, y en esas estaba cuando, al apretar, tratando de borrar unas marcas de una pequeña hoja, un chasquido y un suave movimiento

dejaron al aire un cajón perfectamente disimulado en la estructura. Se quedó muy quieta, fascinada por el milagro. Cuando se recuperó, empujó suavemente la gaveta y ésta, obediente, fue retirándose hasta desaparecer, dejando a la vista un panel impecablemente integrado en el diseño. Con un cierto miedo a que el hecho no se repitiera, pulsó de nuevo la hojita y el mecanismo, cumplidor, repitió el proceso. Deseó gritar su descubrimiento, compartirlo con su madre y su hermano, pero recordó las palabras del bisabuelo, aquel era el estuche al que se refería y, si realmente quería que su diario fuera fiel a la realidad, de momento debería mantenerlo a salvo de los controles de mamá y las burlas de Alfonso. Se fijó, en cambio, en el interior del cajón y vio un montoncito de papeles al fondo. Los tomó y, no muy segura de estar obrando correctamente, pero llena de curiosidad, los ojeó, manejándolos con cuidado, pues parecían viejos y bastante ajados. Al parecer eran documentos familiares de hacía muchos años. Un libro de familia, actas notariales sobre compras y ventas y dos partidas de nacimiento: una del abuelo Ángel y otra de uno de sus hijos. Volvió a dejar los escritos en su rincón, prometiéndose devolverlos al día siguiente cuando acudiera a casa del bisabuelo para darle las gracias por su regalo. Pero, cuando llegó el momento de ir, las prisas de última hora hicieron que los olvidara. Aprovechó un ratito en que su madre los dejó solos, para hacer saber al anciano la existencia de los escritos, explicándole de qué trataban y su imperdonable descuido. El anciano quitó importancia al asunto, asegurándole que había vivido muchos años sin ellos y que estaba seguro de que tampoco ahora iban a servirle demasiado. “Puedes tirarlos – había dicho, con una sonrisa cómplice-. Aunque yo no lo haría. Así, si un día los necesito, podrás traérmelos enseguida”.

En tanto Eria escribía el asombro de la muerte próxima, su hermano Alfonso, dos años mayor que ella y por tanto adulto ya según su idea, hablaba con su primo Guzmán de la contrariedad que representaba tener que acudir al día siguiente, viernes además, al hospital.

— ¿Te imaginas el coñazo que significa visitar a un viejo a punto de palmarla? Y por si fuera poco, a la hora de salir con los colegas. Por primera vez en muchos

años envidio al empollón de tu hermano. Como está estudiando fuera, va a librarse.

— Sí, Enrique siempre ha sido el “hijo maravilloso”, pero los marrones tengo que aguantarlos yo. Creo que deberíamos negarnos –corroboró Guzmán, un año menor y subordinado a la autoridad de su primo, del que era amigo íntimo-. Además, nosotros no podemos hacer nada, así que...

— Lo malo del caso es que yo ya me he negado, pero mi madre me ha amenazado con no darme nada para mis gastos y, la verdad, prefiero, aunque sea estúpido, pasar un rato con un casi fiambre, a tener el bolso vacío.

— Pues si a ti te han dicho eso, es que los viejos se toman el asunto en serio, de modo que yo no protestaré, porque seguramente sería inútil. Lo que tenemos que hacer es presentarnos, hacer que nos vean todos y pirarnos con disimulo.

— Desde luego, no sé por qué se arma tanto alboroto. El fósil tiene más de noventa años. ¿Acaso pensaba que iba a vivir para siempre?

— No. Él no debía de quererlo siquiera; es el resto de la familia quien parece que va a quedarse sin comer si el viejo la palma.

— Lo cierto es que era superdivertido –reflexionó Alfonso, un tanto arrepentido de sus anteriores palabras-. A mí me sacó de más de un jaleo, de los que si se hubiera enterado mi padre me habría deslomado.

— Bueno, eso de deslomar... -apuntó Guzmán, docto.

— Vale, es un decir. Sé que tengo mis derechos.

— Pues eso.

— Entonces, quedamos así. Nos vemos en el hospital a las siete y enseguida nos largamos –decidió Alfonso. Y luego, acordándose-. Tendremos que cargar con el plomo de mi hermana. Mi madre dice que debemos ir juntos.

— Eso es lo de menos; tú no sabes lo que es tener al lado dos petardos. Uno, “don sabio perfecto” y otra, la pequeñaja llorona de Lucía. Tu hermana, en cambio, tiene casi nuestra edad y me parece una tía enrollada. Si quieres podemos llevarla luego al botellón.

— Ni hablar –cortó tajante el mayor-. Aunque a ti, nunca he sabido porqué, te parezca simpática, para mí es un coñazo. Siempre criticando todo lo que hago,

mirándome con esos ojos que parecen los de mi madre... En fin que no, tío. La aguantaremos en el hospital y luego, ¡que le den!

— Vale —aceptó Guzmán con una cierta pena—. Como quieras.

Las clases del viernes transcurrieron monótonas, con el único aliciente de la noche de libertad. Los chicos no pensaron en el bisabuelo moribundo hasta el momento de desplazarse junto con sus padres al hospital. En cambio Eria sí que lo hizo. Atendió a sus trabajos con la dedicación con que solía, pero allá, en el fondo, no dejó de ver la sonrisa del anciano, sabia y triste, contrastando con una mirada en la que un velo de cansancio desaparecía, a veces, iluminado por una chispa de diablura infantil.

Cuando entraron en el centro, el dolor los rodeó por doquier. La enfermedad y la muerte no saben de edades ni de sexos. Los adultos caminaban silenciosos, aceptada ya la sinrazón; los jóvenes miraban alrededor sin entender, como desorientados ante la evidencia del mal, presente en una vida que, para ellos, hasta el momento, solo había tenido misterios que explorar, goces y esperanzas.

En la habitación del enfermo había varias personas, todos familiares, ya que había sido trasladado a un cuarto individual ante la inminencia de la muerte. Los hijos y hermanos cuchicheaban. No se sabía muy bien si por no molestar con sus voces al anciano, o porque la muerte, que ya olfateaban, no se percatara de su proximidad. Cuando Guzmán, sus primos y los padres de ambos aparecieron, algunos de los presentes salieron al pasillo, para hacerles lugar junto al lecho. El viejo, con los ojos cerrados, respiraba fatigosamente. Durante unos largos segundos, los recién llegados contemplaron el rostro macilento, sin saber qué hacer o decir. Era uno de los suyos; el mayor, la raigambre que parecía mantenerlos a todos sobre la tierra y ahora tenían que dejarlo ir, sin rebelarse, sin luchar, sin poder hacer nada. La muerte, omnipresente, es el más desconocido de cuantos misterios rodean al ser humano; sin duda, el que más lo desorienta y preocupa pero, aunque lleva eras enfrentándose a él, cuando siente que se aproxima, siempre lo percibe como nuevo y desconcertante, y se asoma al borde del oscuro abismo, asombrado de que exista. Nadie habló ni hizo amago de



movimiento. Hasta las respiraciones se ralentizaron. Alfonso y Guzmán parecían fascinados por el lamentable espectáculo. Eria, desgajándose del grupo que aún vivía, se aproximó al solitario que expiaba. Contempló el sufriente rostro de cerca, queriendo encontrar en él la expresión traviesa y juguetona que tantas veces la había hecho reír. Nada en aquel gesto de vacío dolor le recordaba al hombre que fue. Unas lágrimas incontrollables comenzaron a deslizarse silenciosas por la piel tersa e hidratada, hasta caer en la reseca y ardiente. Los dos chicos, al darse cuenta, se adelantaron con la intención de separar a la jovencita del lecho. Ella había extendido el brazo, queriendo calmar el dolor, y acariciaba ya la frente torturada. Los tres rostros se juntaron sobre el anciano, quien, de repente, abrió los ojos y, mirándolos con infinito pavor, les susurró desde muy lejos:

— ¡No permitáis que me fusilen!

Aterrados, los tres se retiraron un paso, como si temieran que algo o alguien fuera a agarrarlos para llevárselos a lugares espantosos. Pero nada más ocurrió. El bisabuelo entornó los párpados y continuó respirando trabajosamente. Los chicos, fascinados por lo sucedido, no acertaban a separar su mirada del anciano, hasta que la madre de Eria, preocupada por su aspecto, tiró de ellos fuera de la habitación.

— Esperadnos aquí –les dijo- o idos a la cafetería. Llevaos por favor con vosotros a Lucía –añadió, señalando a la hermanita de Guzmán, quien, con ojos eternamente asombrados, contemplaba aquel ambiente, extraño e incomprensible, de gentes tristes, delgadas y ojerosas, que pasaban arrastrando chancletas y máquinas que parecían grandes bastones.

El chico, sin protestas, tomó la pequeña mano y tiró de ella pasillo adelante. Alfonso y Eria, mudos también, los siguieron, buscando, sin proponérselo, la puerta que los sacara de aquel infierno.

Era ya tarde y la luz de octubre mostraba la angustia insidiosa del ocaso entre los altos olmos del paseo que conducía hasta la entrada del edificio. Aliviados al dejar de percibir olores a desinfectantes y a miseria, sin detenerse en el final que presagiaba la caída del sol, inhalaron, ávidos, los efluvios del jardín. Se sentaron en las amplias escaleras sin siquiera mirarse. La pequeña Lucía sí que los

contempló durante un rato, atenta a posibles sugerencias de juegos, pero al ver que nadie hablaba ni se movía, tomó su comba y comenzó a saltar adelante y atrás en el sendero. Los mayores prestaron atención durante un momento a sus movimientos, pero al notar que la niña no se apartaba demasiado, volvieron a ensimismarse, miedosos de encarar el hecho que acababan de vivir. Fue la cría quien los obligó a centrarse, al alejarse poco a poco, cada vez más.

— Lucía —llamó su hermano—, juega donde podamos verte.

— Vale —les llegó la vocecita, al tiempo que los saltos se acercaban de nuevo.

— Nos lo dijo a nosotros, ¿verdad? —el gruñido de Alfonso sonó seco y lejano.

— Creo que sí —casi susurró Guzmán.

— Seguramente la frase formaría parte de un delirio —apuntó el otro, queriendo descansar.

— No era un delirio —afirmó Eria, con la vista perdida en la arena de la senda.

— Y tú ¿por qué lo sabes? lista —quiso insultar su hermano con voz autoritaria, que enseguida se quedó en un vagido temblón.

— Lo sé —afirmó convencida la chica.

— Sí...—titubeó Guzmán—. Creo que... yo también lo sé.

— Ya —acertó a decir el proyecto de hombre, al no encontrar palabras adecuadas a su condición de líder indiscutido.

El silencio tornó a envolverlos. El día declinaba rápidamente. Una franja de luz solar exploraba el camino, arrancando destellos a los granitos de arena. Lucía saltaba, queriendo alcanzar el espacio dorado. Los chicos seguían sus movimientos, fascinados por el ritmo de los saltos y el resplandor. Cuando la pequeña entro en el espacio iluminado, de repente, a su lado, apareció un muchacho que, por la edad, bien podría ser uno de ellos si no fuera por su aspecto desastrado. Los tres centraron inmediatamente sus cabezas, temiendo por la niña, pero apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que ocurría porque Lucía había dejado atrás la franja brillante y el muchacho desapareció. Los chicos se miraron con la boca colgante y los ojos redondos, pero ninguno dijo nada, temerosos de haber visto mal. Sin previo acuerdo, enfocaron sus ojos de nuevo hacia la figura que, rítmicamente, se acercaba de vuelta. Y ahora sí que hablaron a la vez

porque, cuando la cría entró de nuevo en la luz, el extraño muchacho tornó a aparecer.

— ¿Habéis visto eso?

— ¿Qué es eso?

— ¿Quién es ése?

Guzmán fue el primero en levantarse y correr hacia su hermana, pero, cuando llegó, la niña había cruzado ya el espacio iluminado y el chico había desaparecido. Sus primos los alcanzaron inmediatamente y los tres, apresurados y miedosos, arrastraron, empujaron y llevaron en volandas a la pequeña, quien los miraba asustada, hasta la escalinata. Allí, rodeados de gentes que entraban y salían, volvieron los ojos al camino. El sol había llegado a ese punto en que, consciente de su deber, en pocos instantes, se deja deslizar más allá del horizonte. Sin soltar a la niña, lo vieron caer y, con él, la zona alumbrada desapareció también.

— ¿Qué ha ocurrido? –demandó débilmente Eria.

— No lo sé, pero allí había un chico y luego no estaba y, después sí y...  
-Guzmán se aturullaba.

— Exactamente –precisó Alfonso, engolando la voz, para sustituir con el tono la falta de palabras-. Así fue.

— ¿Cómo? –quiso saber el otro, sin importarle que pensarán que era un crío.

— Pues así, como dijiste –abundó el otro en su actitud, vacía de contenido, pero muy interesante de aspecto.

— Pero yo no dije más que...

— Vale, calla –ordenó, al notar pinchazos en el cuello por mantener erguida la cabeza.

— Estaba allí –señaló la chica con el dedo, como un bebé-. Yo lo vi –afirmó luego, nadie supo muy bien si por convencer a los demás o a sí misma.

— Sí –confirmó su hermano, como pesaroso de admitir que ella tuviera razón y con la espalda ya en posición de descanso, puesto que no había nada que liderar-. Yo también lo vi.

— Me mandasteis callar y estáis repitiendo lo que dije –apuntó quejoso Guzmán.